

NECESITANDO AL POBRE PARA SER UNA UNIVERSIDAD¹

Michael F. Czerny, S.J.

1
Casí dos años después del asesinato en El Salvador del Rector de la Universidad Centroamericana (UCA), de sus cinco compañeros jesuitas y de sus dos colaboradoras, es necesario que vayamos más allá de la admiración o del sentimiento de horror en la presencia de los mártires, para preguntarnos qué es lo que tenemos que aprender de la UCA, de un pequeño centro de especialidades humanistas y técnicas en un lejano país, que la mayoría del tiempo está fuera del ámbito de visión del mundo desarrollado. Esta es una cuestión grave y profunda que en nuestro caso, puede ayudarnos a llegar al núcleo de las ideas de Ignacio de Loyola acerca de la educación. ¿Qué nos puede enseñar un pequeño centro universitario en un país que ha sufrido más de un siglo de terrible injusticia y más de una década de guerra civil? Para empezar a responder a estas preguntas hay que considerar que el P. Ignacio Ellacuría y sus cinco compañeros eran jesuitas, es decir, llevaban en su vida la huella profunda del fundador de la Compañía de Jesús.

Hay muchas maneras de intentar caracterizar la vida y la visión de Ignacio de Loyola y, por lo tanto, de cualquier jesuita cabal. Sin embargo, dos cosas son particularmente apropiadas para nuestro cuestionamiento. Primero que nada, él fue un hombre de gran oración, un místico y un contemplativo. Segundo, tuvo un amor profundo y vinculante por los más pobres. Para San Ignacio, lo que constituía lo esencial del evangelio y del seguimiento de Cristo se resumía en la frase de "buscar y encontrar a Dios en todas las cosas".

Entonces, ¿cuál es la esencia de la vocación de los seguidores de San Ignacio, de los jesuitas en forma especial pero también de todos los miembros de la Iglesia que participan de la herencia, tradición y espiritualidad ignaciana? Desde San Ignacio, todos nosotros tratamos de encontrar a Dios en todo lo que hacemos, por muy profana que sea nuestra actividad. En la experiencia ignaciana, el encuentro personal con Dios lleva a la acción para transformar y santificar el mundo. El jesuita no es sólo

1 Conferencia de San Miguel (St. Michael's Lecture), Spokane, Washington, 7 de Febrero de 1991; redactada bajo el título, "Needing the Poor to be a University" COMPASS 9:3 (July/August, 1991), 24.26; traducido por Juan Antonio Estrada, S.J. y adaptado con la ayuda de Rodolfo Cardenal, S.J.

contemplativo; tampoco es un mero activista. Es un contemplativo en lo que hace, porque ahí sabe encontrar al Dios de Jesús y su plan salvífico para el mundo.

Para clarificar esta síntesis ignaciana, se puede preguntar a un jesuita, qué haría si estuviera tentado de llevar su vocación más allá del límite. Una tentación que fácilmente viene a la mente es la tentación intelectual: abandonar todos los demás aspectos de la vida y dedicarse completamente a la búsqueda del conocimiento por sí mismo. Podríamos llamarla la tentación hacia el premio Nobel de la ciencia. Otra tentación sería la de hacer el bien: abandonar las demás dimensiones para intentar resolver los problemas y ayudar a la gente. Podríamos llamarlo la tentación hacia el desarrollo y el asistencialismo, o sea hacia el premio Nobel de la paz.

Pero la "tentación" más real y más auténtica, tal y como la entendía San Ignacio, consistiría en abandonar tanto el trabajo intelectual como la actividad en el mundo para dedicarse esencialmente a la oración. Podríamos llamarlo la vocación de trapense. San Ignacio pensaba que si algo podría legítimamente distraer a un jesuita de su misión y de su ministerio, era precisamente el llamado a dedicarse completa y enteramente a la oración, la contemplación, el misticismo como monje.

Pero para el jesuita es el amor por la oración, el ansia de estar con Dios, lo que se traduce en la búsqueda de Dios en todas las cosas y experiencias, especialmente en las elecciones y decisiones. Esta visión-lo intelectual, la acción, lo contemplativo, la libertad-se ha encarnado desde siempre, al menos como un ideal, en la Compañía de Jesús. Una agrupación voluntaria de hombres que buscan la mayor libertad y el mayor bien posible para la mayor gloria de Dios. Cuando San Ignacio comenzó su obra y la Compañía fue fundada, a comienzos del siglo XVI, Europa estaba atravesando una época de cambios dramáticos. Un mundo que en muchos aspectos había aparecido como completo y cerrado estaba siendo abierto por una serie de tremendos descubrimientos. El descubrimiento de que el mundo era redondo y de que existían otros continentes y pueblos no fue el menor de ellos. En ese mundo, Ignacio trató de vivificar su visión del amor de Dios, realizado en todas las cosas y pueblos de su entorno.

Cuando volvemos nuestra mirada hacia las modernas universidades jesuitas surge la cuestión inmediata y obvia de por qué existen esas universidades en cuanto tales, por qué los jesuitas enseñan humanidades, ciencias exactas y disciplinas profesionales. Algunos cuestionan por qué los jesuitas nos dedicamos a tareas aparentemente ajenas a lo que normalmente se consideran una vocación religiosa y sacerdotal. Comenzamos a recibir una respuesta cuando recurrimos de nuevo a San Ignacio.

Ignacio comprendió, al comienzo del Renacimiento, que la educación y la formación cristiana, para serlo en verdad, tenían que incluir todas las dimensiones del hombre, o sea de lo que significaba ser humano. El humanismo, algo fundamental en el espíritu del Renacimiento, se convirtió para San Ignacio en el contexto en el cual intentó expresar la visión que tenía de Dios viviente y operante en el mundo. Ignacio podía decir con los otros humanistas que "nada humano me es ajeno".

Por eso, en lugar de tener sólo una facultad de teología o estudios religiosos, las universidades jesuitas siempre han tenido humanidades, ciencias naturales y aplicadas, y las ramas técnicas.

¿Han captado los centros jesuitas actuales la misma idea, la misma intuición y espíritu? ¿Hemos afrontado en los términos actuales, con la radicalidad que lo hizo Ignacio en su propio tiempo, la cuestión de lo que significa ser una persona cultivada y de forma específica un cristiano formado?

En las décadas de los sesenta y de los setenta, la Compañía de Jesús, bajo el liderazgo del Padre Pedro Arrupe, encontró una nueva expresión para su misión: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. De la misma forma que San Ignacio reconoció que conocer y amar a Dios implica conocer y comprender la realidad humana del pueblo que lo rodeaba, que no se puede tener un concepto satisfactorio y pleno de Dios si se permanece ignorante del contexto humano en torno a cada uno, así también en nuestro tiempo, Padre Arrupe comprendió que no podemos conocer y amar a Dios si no estamos involucrados en la obra de la justicia en torno a nosotros. No podemos conocer y amar a Dios, ni seguir a Jesucristo, sin los más pobres.

Los pobres son los transmisores privilegiados de la verdad de Dios para nosotros. Esto es enormemente difícil de entender. Y sin embargo, si deseamos seguir la línea que comienza con Ignacio y que lleva hacia el futuro, y si, al mismo tiempo, aceptamos la significación y el desafío para nosotros de los jesuitas mártires del Salvador, es crucial que intentemos entenderlo. Esto puede significar que una fe que genera la justicia no es simplemente lo mismo que una que no la produce; similarmente, una teología que hace de la liberación una preocupación central es cualitativamente diferente de otro tipo de teología.

¿Dónde ponemos la fundamentación de lo que conocemos? ¿Dónde nos ubicamos cuando queremos pensar y comprender, cuando deseamos orar y cuando queremos hacer el bien? Aquí es donde podemos aprender algo de una pequeña universidad

de estudios liberales en un lejano país pobre y destrozado. No olvidemos que las raíces más profundas de la guerra están en la injusticia y en la violencia, en las cuales ha vivido durante décadas este pueblo salvadoreño.

El Salvador tiene una extensión de 21,000 km. cuadrados y una población de seis millones de habitantes. De esos seis millones, aproximadamente dos millones viven con el tipo de seguridad que se suele llamar de clase media. Dentro de ese grupo seguro, una pequeña minoría vive con mucho lujo gracias a la riqueza que ha acumulado. Otros dos millones de salvadoreños viven en lo que técnicamente llamamos pobreza. Con todo el trabajo familiar que realizan, apenas ganan lo suficiente para asegurarse un mínimo de la canasta de bienes y servicios básicos, pero nada más. Viven la pobreza de la supervivencia cotidiana. Otros dos millones viven en una pobreza permanente, son incapaces de ganarse el mínimo de la canasta de bienes y servicios básicos.

Ambos tipos de pobreza, y muy especialmente la pobreza absoluta, generan un ciclo que ha llegado a ser muy familiar: la explotación extrema llevó cada vez más a protestas más organizadas; éstas provocaron la represión y la violación de los derechos humanos; el incremento de los niveles de represión y los repetidos fraudes electorales de la década de los setenta llevaron a la respuesta rebelde armada. De esta manera, a comienzos de la década pasada, la guerra se desató con toda su fuerza destructora y criminal.

La pobreza sigue siendo, y lo seguirá siendo por mucho tiempo aún, el destino de la mayor parte de los salvadoreños. La misma pobreza, que es el destino de tan gran cantidad de gente, ha de convertirse en la prioridad de nuestro conocimiento y oración. Esto no significa que la pobreza sea el único problema sino que los otros problemas son secundarios. Y la pobreza es el contexto en el que existe la UCA. Por su vocación profundamente humanística e ignaciana, esta universidad no ha querido cerrar los ojos a la tragedia del pueblo salvadoreño. La fidelidad a la inspiración evangélica e ignaciana la ha llevado a asumir universitariamente la pobreza y la violencia, que afectan sobre todo a las mayorías populares, y también la guerra, pues ha experimentado en carne propia una de sus peores consecuencias. Los mártires de la UCA fueron apóstoles de la verdad, de la justicia y de la paz. Por eso, precisamente, los sacrificaron los señores de la guerra y de la muerte.

Siguiendo la senda que los mártires nos marcaron, la UCA se mueve en este contexto de la pobreza y de la pobreza absoluta. Por eso, la realidad nacional es tan

importante en esta universidad y es una responsabilidad compartida entre todos los miembros de la comunidad universitaria.

La Universidad Centroamericana está constituida por tres finalidades igualmente importantes que se codeterminan. La primera de ellas es la investigación de la realidad nacional, donde la realidad de la pobreza de las mayorías populares debe ser, obviamente, el punto de partida. La segunda es la enseñanza o formación: enseñar y preparar profesionales, tan bien como sea posible, para vivir y trabajar en ese mundo tan empobrecido. La tercera parte de la universidad, igualmente importante, es la proyección social. La palabra *proyección* significa dos cosas. Si se piensa en un *proyecto*, la palabra *proyección* significa algo que se hace o se emprende. Si se habla de *proyectar* se piensa en algo que se impulsa, algo que se intenta establecer. Ambos significados son inherentes al concepto de proyección social de la UCA.

De esta forma, la universidad se compromete para realizar tres tareas: primero, comprender la realidad en que existe; segundo, enseñar o adiestrar a la gente que va a trabajar en esa realidad; tercero, dirigirse, influir y cambiar esa realidad. Cumpliendo su misión, la UCA no sólo intenta comprender y enseñar, sino también ir más allá de lo que conoce y comprende, hacía las raíces de la realidad en la que ella misma está enraizada. Pues administrativamente, la Universidad tiene un rector y cada una de estas tres áreas es encabezada por un vice-rector, que dirige el trabajo y simboliza su importancia.

En América del Norte, también se habla de acción social y de justicia social, y tenemos ciertos programas o proyectos en nuestras universidades y colegios que ofrecen la oportunidad de ayudar a los más desafortunados. Pero el núcleo de la cuestión es éste: en nuestra comprensión de lo que significa ser una universidad, ¿necesita la universidad al pobre para ser una universidad?. ¿Es que la universidad hace suyo el destino de los pobres? ¿O son los pobres una consideración que viene después, un proyecto extra, un programa de extensión, algo para los que tienen buen corazón?. Si la universidad necesita al pobre para ser universidad, entonces estamos en el umbral de una transformación tan profunda como la que vivió San Ignacio durante su vida: una nueva manera de pensar, de comprender, de enseñar y de orar; una manera que necesita al pobre y que no puede prescindir de él, para "buscar y encontrar a Dios en todas las cosas".

Muchas veces nuestro discurso sobre el pobre y los que sufren injusticia tiene una forma extraña de distancia respecto de ellos. Es como si estuviéramos diciendo a

alguien: "Te amo con todo mi corazón, pero si formas parte o no de mi vida es algo completamente ajeno a lo que soy y hago". No hemos aprendido todavía a decir al pobre: "Te amo con todo mi corazón y como una parte de mi vida vamos a marchar juntos".

Al nivel universitario, no es simplemente cuestión de presentar nuevos cursos, sino de desarrollar un nuevo significado de la verdad, el valor y la acción. De lo contrario, acabamos haciendo lo que siempre hemos hecho porque no conocemos que hay algo nuevo por descubrir. Ya conocemos lo que es el conocimiento sin tener que preguntar al pobre. Y si todos los aspectos de la actividad humana (arquitectura, ingeniería, literatura, historia, comunicaciones, filosofía, teología) están ya agotados entonces, ¿para qué una universidad? En su compromiso social, tanto como en su enseñanza y en su investigación, la UCA está intentando descubrir y crear una nueva forma de estudiar, lo que usualmente llamamos en la tradición jesuita una *ratio studiorum*.

El verdadero futuro de El Salvador, en cuanto que garantiza la vida de las mayorías populares, está en esta dirección. Por eso mismo, éste es el camino más adecuado para encontrarnos con el Dios de Jesús, quien se manifestó negando rotundamente la muerte lenta de la miseria y la muerte rápida de la violencia y afirmando absolutamente la vida. Este es el camino que siguieron los mártires de la UCA. Su vocación cristiana y jesuítica no les permitía pasar de largo ante la pobreza y la violencia. Se enfrentaron con ambas, con la fuerza de su palabra. Ahora sólo nos queda su ejemplo y esa palabra. Es su herencia.

Poco tiempo después del asesinato de los jesuitas y de las dos colaboradoras, comprendí que uno de los misterios de la vida es que sólo Dios puede elegir profetas y mártires. Sólo Dios puede designar a la gente para expresar esa verdad tan especial que nos llama a recorrer una nueva senda. En el tiempo que he vivido en El Salvador, ha significado algo importante para mí el vivir muy cercano a donde los mártires han vivido, trabajando y dando su vida. También ha sido algo grande para mí testificar lo que ellos están realizando con su muerte, como una culminación de lo que intentaron hacer en sus vidas, como una continuación de su sueño. Semana tras semana y mes tras mes, se puede ver prácticamente que los sueños se encarnan y se convierten en algo real; incluso cuando la guerra continúa, las injusticias siguen, los derechos humanos son todavía violados y hay un largo y duro camino que todavía está por recorrer.